

El Pecado Según Palamás y Según la Razón

Evangelio: Marcos 2:1-12: “Cuando él entró otra vez en Capernaúm después de algunos días, se oyó que estaba en casa. Muchos acudieron a él, de manera que ya no cabían ni ante la puerta; y él les hablaba la palabra. Entonces vinieron a él trayendo a un paralítico cargado por cuatro. Y como no podían acercarlo a él debido al gentío, destaparon el techo donde Jesús estaba, y después de hacer una abertura bajaron la camilla en que el paralítico estaba recostado. Y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: -Hijo, tus pecados te son perdonados.- Algunos de los escribas estaban sentados allí y razonaban en sus corazones: -¿Por qué habla éste así? ¡Blasfema! ¿Quién puede perdonar pecados, sino uno solo, Dios?- De inmediato Jesús, dándose cuenta en su espíritu de que razonaban así dentro de sí mismos, les dijo: -¿Por qué razonáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: "Tus pecados te son perdonados"; o decirle: "Levántate, toma tu camilla y anda"? Pero para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad para perdonar pecados en la tierra - dijo al paralítico -: A ti te digo, ¡levántate, toma tu camilla y vete a tu casa!- Y se levantó, y en seguida tomó su camilla y salió en presencia de todos, de modo que todos se asombraron y glorificaron a Dios, diciendo: -¡Jamás hemos visto cosa semejante!-”

“Hijo, tus pecados te son perdonados.”

Unos judíos trajeron un paralítico para que Jesús, por su puesto, lo cure y lo libere de su enfermedad. Jesús,

sin embargo, se dirigió al paralítico como si no se viese su enfermedad que es evidente a simple vista. Él vio otra enfermedad, una que sólo Él puede curar, y le dijo: “Tus pecados te son perdonados.” Los judíos se sorprendieron. En primer lugar, desconocemos que concepto tenían ellos de la responsabilidad e importancia del pecado. En segundo lugar, no sabemos como entendían el pecado. Estas dos cosas hicieron que se sorprendan. El énfasis que Jesús pone sobre el tema pecado nos lleva a cuestionarnos qué noción tenemos nosotros mismos del pecado.

En el día de hoy, segundo domingo de cuaresma, la Iglesia conmemora a San Gregorio Palamás. Este santo se opuso ferozmente en contra de una amenaza a la vida cristiana del siglo XIV. Esta amenaza se llamaba racionalismo y su fundador fue Barlaam. No es la falta de fe en que Dios existe lo que realmente amenaza nuestra vida y nuestra fe. Esta es la forma del antiguo ateísmo. El ateísmo contemporáneo, sin embargo, se basa en el cambio, la falsificación y la corrupción de la naturaleza de la fe. Es por ello que la fe ya no peligra a causa de las ideologías y las presiones exteriores, sino más bien debido a la falta de pureza de fe y de vivir verdaderamente (desde nuestro interior) la ideología cristiana. Si echamos una mira a nuestra forma de entender el pecado, lo cual es importante para nuestra relación con Dios y para nuestra salvación, veremos que este concepto (que es muy delicado) está realmente en amenaza y hasta ha llegado a sufrir corrupción debido a la influencia del limitado Racionalismo Occidental Baarlamita. ¡Descubramos qué es el pecado!

Racionalmente, nos asombramos hoy en día que en el idioma de la religión se califique algunas acciones

de “pecado”. Estas acciones pueden ser de mi conveniencia personal y pueden satisfacer mis placeres sin afectar o estorbar a los demás. A veces pueden llegar a beneficiar a los demás. ¿Porqué hay entonces un concepto tan “antiguo” y “complicado” del pecado?

Usando el método racionalista, mucha gente analiza y forma su propio concepto del pecado que llega a confrontarse con el concepto “antiguo”. Después la gente quiere superar todas las ataduras y barreras, toda restricción moral. Hacen esto a costa de silenciar la voz de su conciencia, haciendo caso omiso a toda la confusión interior que esta perspectiva analítica deja en el hombre. Luego comienzan a dar nuevos nombres a sus acciones para justificarse. Echemos una mirada al comportamiento del hombre en su vida diaria y preguntémosnos a cerca de cómo el hombre contemporáneo entiende el pecado en estas acciones. Nos daremos cuenta que a menudo alteramos el concepto del pecado al considerar al engaño una actitud ingeniosa, al adulterio amor, a la explotación servicio, al interés propio caridad y a la diversión felicidad. Cuando analizamos todas estas cosas con el racionalismo, creemos que son ciertas.

Pensemos racionalmente, tal como lo hace el hombre de hoy usando “naciones y conceptos modernos”. ¿Acaso hace daño a alguien el soborno si permite que ambas partes saque provecho? ¿Y está mal fornicar, por ejemplo, si la fornicación satisface las pasiones de ambos esposos? ¿Y porqué no aceptar la esclavitud si todo el mundo está contento? ¿Es una vergüenza acaso buscar el interés propio? ¿Porqué soportar sacrificios y amor y todas esas preocupaciones evangélicas pesadas, si somos sólo hombres simples? ¿Es

que acaso un poco de descanso y recreación daña al hombre?

Hay tantas cuestiones así... ¿Dónde ubicar al pecado en todo esto?

Racionalmente, aún cuando seamos religiosos y este estado tenga peligros y malas connotaciones, nos equivocamos al explicar el pecado como una violación del mandamiento divino. Como si el daño proviniese de Dios que en su justicia y probablemente en su “egoísmo” y honor quiere recuperar todos sus derechos imponiendo sanciones en esta vida antes del infierno que va a venir. Sin embargo, si pensamos más profundamente, nos damos cuenta que el pecado no puede ni tocar ni afectar a Dios. Si Dios preparó para nosotros leyes y reglamentos prohibiéndonos pecar, no lo hizo para provecho propio sino por nosotros “para que nos fuera bien todos los días y para conservarnos la vida” (Deuteronomio 6:24).

Él es el Dios de la Santa Biblia, nuestro Dios. Él no es el Dios de los epicureos ni el de los aristotélicos, los cuales no se preocupan por el destino del hombre y del mundo.

El pecado es desde un punto de vista cristiano práctico y tal como lo dijo San Gregorio Palamás, el rechazo a Dios como Padre, el rechazo a su amor paternal, el rechazo a la gracia divina y al vivir en la soledad racional. Lo que entristeció al padre en la parábola del hijo pródigo es la partida de su hijo. Éste insultó a su padre privándole de su presencia de hijo y por lo tanto su pecado no puede ser perdonado a menos que vuelva. El abundante amor de Dios hicieron de Él, por así decirlo, un ser “suceptible al daño.” Es pecado rechazar la luz y aceptar las tinieblas siendo que la luz

nos ha sido revelada. El pecado del hijo consiste en que racionalizó las cosas. El insulto más grande que se le puede hacer a un padre es ignorar su amor. El hijo tiene derecho a pensar, pero cuando sus padres que lo cuidan están a su lado, comete una desconsideración si racionaliza demasiado. Podemos vivir racionalmente y definir nuestro destino por análisis, pero también podemos vivir con Dios en su racionalismo, es decir por la fe. Recién entonces daremos al Padre lo que le corresponde. A Adán no le faltó nada en esencia, sólo que el quiso vivir, pensar y planificar para sí sin Dios. Separarnos de Dios significa abandonar a Dios. ¿No es esto acaso ateísmo puro? Éste es entonces el pecado entre el hijo y el Padre, entre nosotros y Dios. Es un pecado vivir pensando que somos hijos de Dios pero comportarnos a la vez como si el amor de Dios no existiera. Vivir con Dios no implica que lo conozcamos por completo. Vivir con Él es estar felices de nuestra vida con Él, que Él sea nuestra felicidad. Por ejemplo, leer teología por el simple hecho de saber al respecto es un pecado. Si leemos teología y no somos felices, piadosos y llenos de vida estamos entonces insultando a Dios que vino a nosotros como vida. Dios no vino para poner a trabajar nuestra mente, sino más bien para dar calor a nuestros corazones. La vida con Dios no es simple información, sino experiencia. A Dios no se lo puede concebir ni describir en estudios sino que se habla de Él desde la experiencia. Los estudios son positivos sólo cuando aumentan nuestra experiencia. Barlaam representa la imagen de la religión como conocimiento y San Gregorio Palamás nos recuerda la experiencia de la religión como vida.

Dios nos confió su amor porque sabe que nosotros vivimos sólo en su amor. Desde la perspectiva

ortodoxa, el hombre no vive sino del maná celestial, de la gracia divina. El hombre no vive del pan sino de la gracia y de cada palabra divina que sale de la boca de Dios. Cualquier remedio que demos al hombre paralítico de hoy y que no sea la gracia divina, es un remedio mortal porque no da vida verdadera. En base a esto es que definimos el pecado como una “pérdida”, porque rechazamos en las limitadas cadenas de nuestra mente a la vida y a la gracia divina que se nos da. Es pecado decir que no al amor divino que abunda a nuestro alrededor y permanecer en los límites del cuerpo y vivir como “humanos” mientras que la gracia divina abunda en nosotros, llamándonos a vivir como dioses. Con este concepto del pecado, podemos entender porqué Jesús quizo primero perdonar al paralítico antes de curarlo. Desde un punto de vista racionalista, nos preguntamos cuál es el propósito del Ayuno exepcto torturar el cuerpo, de qué sirve rezar, pues rezar parece ser algo sin sentido. Si buscamos la gracia divina, estas preguntas se invierten y nos preguntamos porqué no ayunar, rezar y hacer vigiliass.

¿Tienes fe? Éste es el riesgo de creer y éste es el lugar adecuado para embaracarnos confiados en los vientos de la gracia y no en nuestro propio remar. Toda creencia tiene sus cadenas. El racionalismo tiene sus cadenas que no superan los límites del cuerpo la humanidad y el ateismo. Las dimensiones de la fe son diferentes porque nos abren a la gracia divina y deificante y nos lleva en espíritu al paraíso de los santos. La vida con Dios no se define con el saber teórico. Dios no es un tema de investigación sino que se lo conoce con la experiencia personal. ¿Cómo llegar entonces a una relación con Dios? ¿Cómo definimos finalmente el pecado?

Cada religión, cada camino y cada sistema tiene su propia definición del pecado. San Serafín de Sarov define el propósito de los cristianos como el de “adquirir el Espíritu Santo.” Por lo tanto todo lo que nos impida esto es un pecado. En la escala de esta balanza debemos pesar el soborno, el interés personal y cualquier otro deseo. Los pesamos en esta balanza y no en la de la mente racional del hombre de hoy. Este es nuestro pecado más grande, tal como lo dice la epístola de hoy, que todos los que rechazan el mensaje que proviene de los ángeles son condenados, pues “cómo escaparemos, si rechazamos tal salvación” (Hebreos 2:3).

Hoy tenemos el llamado de San Gregorio Palamás a desafiar a la mente racional y a buscar la gracia en las vigiliyas, las oraciones y el ayuno yendo más allá del limitado mundo del racionalismo. El justo vivirá por la fe, para que si aceptamos en pureza la gracia divina, lleguemos y seamos dignos de las palabras de Cristo:

“Hijo, tus pecados te son perdonados.” Ahora que estás bien, no regreses al pecado.

Amén.